

Clara Usón

El viaje de las palabras





Seix Barral Biblioteca Breve

Clara Usón

El viaje de las palabras

Título original: *El viaje de las palabras*

© Clara Usón, 2005

© Editorial Planeta, S. A., abril de 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

© Fotografía del interior: Keystone/Getty Images

Primera edición en Seix Barral: abril de 2021

ISBN: 978-84-322-3281-7

Depósito legal: B. 4.258-2021

Composición: Moelmo, SCP

Impresión y encuadernación: CPI (Barcelona)

Printed in Spain - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

1

Al despertar, Chéjov estaba donde lo había dejado, sobre la mesita de noche. La miraba pensativo con sus ojos grandes y un poco rasgados, detrás de unos quevedos de cristales redondos que le cabalgaban la nariz, elegantemente vestido con levita oscura, camisa blanca de cuello duro y corbatín de lazo de discreto estampado. «Pero ¿qué has hecho? —parecía preguntar su rostro de color sepia—. ¿Te haces cargo de la enormidad de lo sucedido? —insistía Chéjov—. Ya nada va a ser igual, todo ha cambiado; ahora tú has de cambiar.» Lo que menos necesitaba ella en ese momento eran sermones. Se incorporó a medias y dio la vuelta al libro de narraciones de Antón Chéjov: la contraportada era inofensiva, no parecía reprocharle nada. Le explicó al logotipo de la editorial, un elefante gris de trompa levantada, impreso en una esquina de la tapa, que ella en realidad no había hecho nada, fue un accidente, un caso de mala suerte o, si se quiere, un error, y, ¿quién no comete equivocaciones, sobre todo de joven? Lo de esa mañana había sido triste, sí, y desagradable, pero ahora todo volvía a ser igual que antes; era como si hubiera pasado una goma de borrar sobre el dibujo mal hecho,

la suma equivocada, y ya no quedara ni rastro de esos tropiezos, la página impoluta de nuevo, lista para que ella volviera a empezar. Al cabo de unos instantes volvió a dar la vuelta al libro: la fotografía del rostro ensimismado de Chéjov la acompañaba y eso era lo que más quería en ese momento, dejar de estar sola. Porque esa mañana se había sentido muy sola.

Pensó que todo habría sido distinto si alguien la hubiera acompañado: un exnovio, una amiga, su hermano Antonio, o... el propio Chéjov, ¿por qué no? Se imaginó a Antón Chéjov entrando con ella en la clínica, llevándola del brazo con esa cortesía varonil de los caballeros del siglo XIX. Cuando la enfermera de cejas depiladas y boca pequeña le hubiera preguntado en tono áspero, como hizo esa mañana: «¿Vienes sola?», Chéjov le habría contestado: «¿No ve que estoy con ella?», y la enfermera no se habría quedado mirándola con desprecio, como diciendo: qué infeliz, no tiene quien la acompañe en una circunstancia así.

—¿Es usted su marido o... o su padre? —habría inquirido la enfermera, dudosa, pues Chéjov estaría en la cuarentena, esa edad en la que uno lo mismo puede ser padre que marido, muy rara vez hijo.

—No —respondería Chéjov, conciso, en su estilo.

—Entonces es... ¿un amigo? ¿Pongo eso en la ficha? —querría saber la enfermera, con terquedad administrativa.

—Soy escritor —se avendría a explicar Chéjov ante tanta insistencia—, y la señorita Lucía Almandoz es una licenciada en filología que está elaborando su tesis doctoral sobre mi narrativa. Me ha parecido oportuno acompañarla en este momento tan delicado, no quiero que esté sola, la aprecio demasiado.

Lucía le lanzaría de reojo una mirada húmeda y agradecida y con su mano derecha oprimiría un poco la mano de Chéjov, que seguiría dando aliento a su brazo.

—Es un magnífico escritor —informaría a la enfermera—. Antón Chéjov es uno de los grandes escritores rusos, un excelente dramaturgo y, en mi opinión, y creo que no exagero, el mejor cuentista de todos los tiempos. Habrá oído o leído algo sobre él, supongo...

—¿Antón Chéjov?... No me suena —contestaría apresurada la enfermera, la cabeza hundida sobre la ficha, fingiendo estar muy ocupada para disimular su ignorancia—. No estoy muy al día de lo último en literatura, no tengo tiempo, aquí hay mucho trabajo —añadiría a modo de disculpa y luego le espetaría con brusquedad—: Ya puedes pasar al quirófano. Usted no, señor, ella sola, los acompañantes no pueden entrar. Siéntese ahí con los demás y espere.

Chéjov se percataría al instante del desmayo de Lucía y, desobedeciendo la orden de la enfermera, protestaría en tono educado pero firme:

—Me gustaría ir con ella. La señorita es una mujer sensible y está muy asustada. Soy doctor en medicina, dígaselo al cirujano, no creo que tenga inconveniente en que un compañero asista a la intervención.

Ya en el quirófano, angosto y de techo bajo, con una luz blanca y feroz que hacía guiñar los ojos, el altísimo y rubio doctor holandés observaría a Chéjov con recelo: un hombre con quevedos, vestido con levita y corbata de lazo, ¡a fines de 1987!..., pero no diría nada porque los extranjeros suelen ser discretos y, además, el cirujano tendría prisa y poco dominio del español. Entonces, ella, confortada por la presencia de Antón Chéjov, se atrevería a formular esa pregunta que le venía obsesionando desde hacía días y todavía le rondaba la cabeza:

—¿Está usted seguro de que no son gemelos, doctor?

—¿Qué? —preguntaría el cirujano, que no habría comprendido la pregunta, o quizá sí y le parecería inoportuna.

—La señorita quiere saber si podría estar embarazada de gemelos; comprenda que es natural que eso le preocupe, sería una tragedia que tras la intervención siguiera albergando un feto en su vientre, así que compruébelo, por favor —intervendría Chéjov con autoridad persuasiva, al tiempo que le acariciaría a ella suavemente el antebrazo para calmarla.

Y el cirujano holandés habría obedecido al escritor, disipando su zozobra y, después de la intervención, ella no habría yacido sola en la camilla del sofocante quirófano que parecía un camarote, durante tres inacabables cuartos de hora, temerosa de que la hubieran olvidado o de que ese barullo creciente, cuyo eco traspasaba el delgado tabique del recinto y llegaba hasta ella, se debiera a la súbita irrupción de la policía en la clínica clandestina y de pronto dos agentes penetraran en su quirófano, pistola en mano, apuntándola: «Está usted detenida por haber abortado».

No, con Chéjov a su lado todo habría sido distinto: el tiempo de la espera se le habría hecho corto escuchando al escritor, quien le narraría anécdotas de su infancia en Taganrog, en la exótica Rusia de la segunda mitad del siglo XIX; sus inicios como colaborador de prensa; sus relaciones con Tolstói, Gorki, Stanislavski, sus padres, sus hermanos, su casa de campo en Mélijovo... Probablemente, aprovecharía la ocasión para invitarla a pasar una temporada en su finca, ¿por qué no?; Chéjov le estaría sumamente agradecido por dedicar tantas horas al estudio de sus obras, su correspondencia y sus biografías...

—Es para mí un honor, señorita Almandoz, que haya elegido mis pobres narraciones como objeto de su tesis —le diría.

—Por dios, Antón Pavlovich —replicaría ella—, ¡qué dice!... El honor es mío... No tardaré en empezar a escribir, en cuanto me recupere de esto, se lo prometo. Sé que llevo meses diciéndolo y... por un motivo u otro, no me pongo a ello. Ya se imagina usted, ¡la vida social!: las fiestas, los amigos, los noviazgos..., todo distrae de las ocupaciones serias, pero esa vida disipada para mí se acabó: hoy he aprendido una lección.

Chéjov la observaría en silencio, en el rostro la misma expresión pensativa, triste y un punto escéptica del retrato del libro.

—¿No me cree? —le preguntaría ella—. Le aseguro que no soy tan frívola como pueda parecer. He cometido un error, cierto, este incidente es lamentable, pero... los condones a veces se rompen y, en ocasiones..., una está, ¿cómo diría?, demasiado aturdida por la bebida y... esas cosas, como para acordarse de tomar precauciones, pero siento mucho lo sucedido y quiero pensar que este terrible accidente no ha sido en vano, que voy a aprender de él. Esto ha de suponer un punto de inflexión en mi vida y yo he de convertirme en una persona... más sabia, prudente y responsable, más... ¿De qué se ríe? —le increparía enfadada, interrumpiéndose, porque a Antón Pavlovich se le escaparía la risa por las comisuras de la boca y los ojos le chispearían burlones.

—No se altere —le rogaría el escritor, intentando conferir seriedad a su expresión al tiempo que presionaría suavemente su hombro con una mano para obligarla a echarse otra vez en la camilla, pues con la indignación ella se habría incorporado—; no me río, es sólo que... A mí tam-

bién me ha sobrevenido este mismo pensamiento más de una vez después de un tropiezo: «Este percance me va a enseñar, voy a cambiar, seré un hombre mejor», me digo, pero, con el tiempo, sin darse cuenta, uno olvida esos buenos propósitos, vuelve a la antigua rutina y, al poco, comete de nuevo el mismo error y de nada sirve angustiarse o tirarse de los pelos, ¡así somos! Bien intencionados pero... ¡tan débiles!... Nos equivocamos una y otra vez y nunca aprendemos, ¡qué se le va a hacer!, hay que seguir viviendo —concluiría con una sonrisa y la miraría con ojos cariñosos que le dirían: «No te preocupes, yo te comprendo y te lo perdono todo».

Eso era lo que más le gustaba de Chéjov: su bondad, su indulgencia para con los seres humanos; los atolondrados, débiles e infelices seres humanos, su infinita capacidad de perdón. No como Antonio, su hermano mayor, el director de banco, que no había desaprovechado la ocasión de reñirla: «¡Cincuenta mil pesetas!... ¿Tú te crees que soy rico, que me sobra el dinero? Tengo una mujer, una hipoteca que pagar, las clases de inglés... Yo trabajo duro para ganarme la vida, no tengo la suerte que tienes tú... ¡Con veintiséis años aún te mantienen tus padres! Además, no me lo explico, ¿eres tonta o qué? ¡Quedarte embarazada a tu edad! ¿Es que no sabes que existen los anti-conceptivos?». Finalmente, aunque rezongando, Antonio le había dejado el dinero para la operación, pero le había exigido que se lo devolviera antes de Navidad, «lo necesitaré, tendré muchos gastos». Ya tenía reunidas veinticinco mil pesetas: había empeñado su cadena de oro, sus pulseiras, el crucifijo de plata que le regaló su padrino para la comunión; le había sacado diez mil pesetas a su padre «para libros de estudio» y otra cantidad de dinero a su madre... Ésta le había hecho llegar su giro anual para las

hermanas mercedarias de Barcelona y su hogar de alojamiento para madres solteras. Lucía le aseguró el viernes que «ya le he dado el dinero de tu parte a sor Azucena y me ha dicho que te está muy agradecida y rezará por ti y tu salud; lo de siempre», y su madre se había puesto muy contenta: le encantaba que las monjas rezaran por ella. ¡Si supiera que su hija había destinado su donativo a financiarse un aborto...! Siempre mintiendo, pero cuando una tiene una madre así, con un corazón débil y tres falsas válvulas, ha de ser muy cauta con lo que le dice, lo que le confiesa y lo que omite... La verdad es terrible, debía seguir mintiéndole por su bien, para que no sufriera.

«Hasta que no sufres no sabes lo que es la vida», había afirmado muy solemne una profesora de literatura que tuvo de adolescente, al evocar en clase la desdichada vida de Alfonsina Storni, su poeta preferida, «los poemas inmortales, las grandes novelas están hechas de sufrimiento, de sangre y lágrimas —había defendido con entusiasmo la señorita Ruiz—; el sufrimiento es lo que da sentido a la vida, porque nos hace reflexionar y comprender qué es lo que de verdad tiene valor y lo que no; el sufrimiento nos enseña a vivir». Eso venía a cuento de que se acababa de operar de varices y se le habían infectado los puntos, sospechó entonces Lucía; ahora se siente una gran sufridora, se dijo, se mira en el espejo y piensa: qué interesante soy, porque he sufrido. Y el diablo maligno que la incitaba en tardes como ésa, de tedio y frío en un aula del instituto de enseñanza media de Burgos, le hizo levantar un dedo y decir en un tono que quería ser cándido:

—Perdone, señorita Ruiz, pero no acabo de entender eso que ha dicho.

Y, a continuación, para deleite de sus compañeros, Lucía explicó un caso de sufrimiento extremo «verídico,

real, ¡lo he leído en el periódico!»: una mujer joven, de veinticinco años, a la que diagnostican un cáncer terminal de páncreas y a quien los médicos conceden apenas tres meses de vida. La mujer, que conoce la gravedad de su estado, demuestra una entereza y un ánimo admirables; en vez de echarse a llorar y lamentar su suerte, resuelve hacer realidad un sueño antes de morir y se ilusiona con ello: casarse de blanco con su novio, siendo llevada a la iglesia a lomos de una potente Harley Davidson, que conducirá su hermano mayor y padrino de boda. A la desdichada enferma le gustan las motos y le gusta su novio y de algún modo quiere unir esas dos pasiones en una ceremonia. Llega el día de la boda. El novio, triste y a la vez excitado, presa de una extraña y melancólica ilusión, ataviado con chaqué negro y sombrero de copa, espera impaciente a la novia en la puerta de la iglesia. La novia se retrasa, como todas las novias. De pronto, el hermano pequeño de la novia sube corriendo y de dos en dos los escalones de la entrada, embutido en un chaqué que le viene muy grande, el rostro demudado, blanco. Sus dos hermanos han sufrido un accidente de camino a la iglesia, informa al novio, una punta del velo de tul blanco de la novia se ha enredado entre las ruedas de la moto; la novia sigue con vida, pero ha perdido las piernas. Moribunda y mutilada, desde la cama del hospital donde se recupera de las heridas, la novia (esa mujer ejemplar) vuelve a formular su inquebrantable propósito: pese a todo y contra todo, antes de morir quiere casarse con su novio, aunque ya no podrá acudir a la iglesia en moto porque carece de piernas... La profesora Ruiz no la dejó terminar: la expulsó de clase, la frente, las mejillas, la punta de la nariz de su cara regordeta encendidas de indignación y rabia, «otra vez, y con ésta ya van muchas, Lucía Al-

mandoz, interrumpes la clase para decir tonterías, ¿te estás burlando de mí?».

No, no se estaba burlando de ella, tan sólo estaba reduciendo *ad absurdum* su romántica teoría sobre los efectos benéficos del sufrimiento. «¿Qué le ha enseñado el sufrimiento a la pobre novia de mi historia real? —Eso le habría preguntado a la profesora si no la hubiera echado del aula—. ¿Para qué le han servido tantas desgracias? ¿Qué sentido han dado a su vida, que ya se termina?» Como también le habría gustado preguntarle, si se hubiera atrevido: «Y a usted, señorita Ruiz, ¿qué le ha enseñado su operación de varices? ¿Qué valores verdaderos le ha hecho descubrir la infección de la cicatriz y las dos semanas que ha pasado recluida en un hospital, delirando de dolor y fiebre? ¿Que está usted muy sola, señorita Ruiz? ¿Que no tiene familia, ni apenas amigos, tan sólo alumnos y compañeros de trabajo, que está envejeciendo olvidada de todos en una pequeña ciudad de provincias y el único provecho que sacará de ese sufrimiento es que un día se jubilará y recibirá una pensión del gobierno? ¡Ah, no, yo no voy a permitir que me suceda lo mismo, señorita Ruiz! Y por eso me burlo de usted un poquito, sí».

Y por eso llevaba esa vida, para poner distancia con el temido momento en que terminaría su tesis, sacaría las oposiciones a profesora de instituto y la mandarían al exilio de un pueblo de Castilla. Y, sin embargo, ya había empezado a sufrir. Y también estaba muy sola, eso era lo que más la desconcertaba. Alguien como ella, con tanta vida social, ¡cada fin de semana la invitaban a una fiesta, y algunos, incluso a varias!, y amigos, ¡un montón!, la agenda abarrotada de teléfonos, por no hablar de sus compañeros de piso, Marta y Narcís, que tanto la querían, como a una hermana... Lo de hoy había sido un pro-

blema técnico, por decirlo así: el lunes siguiente era festivo y sus compañeros y amigos se habían ido fuera de Barcelona, de fin de semana largo; a no ser por eso, ahora tendría la habitación llena de gente que se pelearía por atenderla: «¿Te pongo otra almohada para que estés más cómoda?», «¿te apetece un caldito?», «¿quieres que te dejemos sola un poco? Somos demasiados en este cuarto y, en tu estado, seguro que te incordiamos...», y ella, pálida y cansada, haría un gesto afirmativo desde la cama, diciendo sin palabras: «Sí, por favor, dejadme sola un rato, tanta compañía me agobia». Pero ni siquiera la habían llamado por teléfono para preguntarle cómo había ido su operación, qué tal se encontraba... Eso era raro... De repente, descubrió que tenía hambre; no había comido nada desde la noche anterior. Miró el reloj: eran las diez de la noche, había pasado durmiendo toda la tarde; con razón tenía hambre.

Abandonó la cama y fue hasta la cocina con pasos precavidos para no perturbar su vientre irritado. En la nevera había dos zanahorias y una manzana. La manzana estaba podrida y se comió una zanahoria: no sabía a nada. Era aguda la tentación de bajar al chino de la esquina y comprarse un «Familia Feliz», pero ésa iba a ser su primera lección de realidad: no podía permitírselo, tenía que ahorrar. Había de empezar a controlar sus caprichos, ser responsable... Se le ocurrió una manera de conseguir comida sin dejar de serlo: la vecina.

Corría un riesgo, era consciente de ello: cabía la posibilidad de que la vecina le diera con la puerta en las narices. «¿Cómo te atreves a pedirme huevos, con lo que me habéis hecho?», porque la vecina del piso de arriba se había quejado innumerables veces a la dueña del apartamento de Lucía a causa de las juergas nocturnas de sus

inquilinos, el ruido, la música, el desenfreno... De hecho, hacía menos de un mes, en una fiesta de cumpleaños en que se habían quedado sin bebida, pasadas las cuatro de la mañana, unos invitados subieron al piso de la vecina para pedirle whisky con demasiada alegría. La vecina llamó a la guardia urbana, se personó en la fiesta una pareja de guardias. Un incidente muy desagradable. Se había topado pocas veces con la vecina, pero cuando alguna vez coincidió con ella en la entrada de la casa o en el ascensor, procuró disimular, mirar hacia otro lado y, si era posible, esquivarla. Sabía muy poco acerca de esa vecina, aparte de que era una cascarrabias. Según Narcís, era lesbiana; su compañero de piso decía haberla sorprendido más de una vez en el portal, a primera hora de la mañana, despidiendo a una rubia, alta y gorda, que parecía un travestí o una valquiria muy dejada. Ella, la vecina, tenía más bien pinta de bruja, ataviada con esas faldas largas y floreadas de estilo progre, un largo pañuelo palestino anudado al cuello, los pies calzados con chirucas, siempre acompañada de su ridículo perro faldero que parecía una rata y que una vez dejó un regalito en el suelo de la entrada, dándoles así ocasión de contraatacar y quejarse a su vez a la dueña del piso: «El portal está lleno de cacas del perro de la vecina, no se puede ni andar...».

Sí, dados los antecedentes, no era prudente ni aconsejable ir al piso de arriba, pero no sólo tenía hambre, había algo más: no podía seguir estando sola, necesitaba ver a alguien. En realidad, lo que más echaba en falta era un poco de calor humano, una voz, un oído comprensivo. Se sentía muy triste. Era tan enorme el peso del secreto que llevaba dentro, el recuerdo atroz de esa mañana, que precisaba desahogarse. Pero no podía llamar al timbre de la vecina y decirle en cuanto ésta abriera: «Hola, buenas no-

ches. Soy Lucía, una de las estudiantes del piso de abajo, nos hemos visto alguna vez en la escalera... Mire, yo vengo a explicarle que esta mañana he abortado»; eso era impensable, por ello, cuando la vecina, después de observarla un rato por la mirilla, le abrió por fin la puerta de su casa, se limitó a balbucear:

—Eh..., ah... yo... venía a ver si por favor me podía dejar un par de huevos, el lunes sin falta se los devuelvo.

La vecina, que iba vestida con un chándal azul marino de la Universidad Complutense de Madrid, la miró con alarma, quizá sorprendida de que hubiera tenido la desfachatez de llamar a su casa en bata y pijama. Luego escudriñó la hondura del rellano por encima del hombro de Lucía, como si sospechara la presencia de algún compinche dispuesto a asaltar su casa. No la invitó a entrar.

—¿Huevos? —preguntó—. Sí, creo que tengo en la nevera, voy a mirar. Espera aquí un momento —le dijo en tono seco. Y, antes de que Lucía pudiera darle las gracias, el suelo cedió bajo sus pies y el rostro de la vecina se evaporó en un humo blanco punteado de negro que ascendía hacia el techo. Sólo acertó a susurrar: «Me caigo».

Cuando volvió en sí, estaba tumbada sobre la alfombra del estudio de la vecina. El perro faldero de ésta le lamía una mano y la vecina, acucillada a su lado, le acababa de poner un almohadón bajo la cabeza y la observaba con aprensión. Ella la miró aún más asustada.

—Te has desmayado —le informó la vecina—. ¿Estás mejor?

Lucía asintió despacio con la cabeza, incapaz de hablar.

—Vaya susto me has dado —le dijo la vecina—, ¡te me has caído encima! Menos mal que pesas poco y te he podido arrastrar hasta aquí... He estado a punto de llamar

a la policía, no sabía qué hacer... ¿Hay alguien en tu casa a quien pueda avisar?

—No —logró contestar—, estoy sola, mis compañeros de piso se han ido a sus pueblos este fin de semana.

—¿Tienes familia en Barcelona? ¿Algún pariente con quien pueda contactar para que venga a buscarte?

—No, mis padres están en Burgos; soy de allí.

—Pues voy a tener que llamar a un médico —anunció la vecina.

—¡Ni se te ocurra! —le gritó ella, tuteándola e irguiéndose del susto—. No hace ninguna falta, esto de los desmayos me pasa mucho, ya estoy acostumbrada.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso?

—Tengo la tensión muy baja —improvisó—, y pierdo el sentido cada dos por tres, pero el médico dice que no tiene la menor importancia, es algo que se me irá con la edad. A mi madre de joven le sucedía lo mismo, es... eh... genético.

Era la primera vez en su vida que se desmayaba y estaba muy asustada; en la clínica le habían dicho que podía sufrir hemorragias, pero nadie le había hablado de desmayos. No podía permitir que la vecina llamara a un médico; existía el peligro de que éste se percatara de su reciente operación y ella acabara la noche en comisaría. Abortar era un delito. Así que optó por disimular. Se levantó sonriente, movió los brazos y las piernas como diciendo «estoy en plena forma, mira qué bien lo hago», y le comunicó a la vecina que ya estaba bien y se iba. Pero ésta no la dejó marchar, «aún no, espera un poco, deja que pase un rato, tengo miedo de que estando sola en casa te vuelvas a desmayar». La invitó a cenar.

La cena fue espléndida: huevos *poché*, lubina al horno con patatas... La vecina le explicó que esa noche estaba

esperando a una amiga, pero que ésta la acababa de llamar diciendo que tenía mucho trabajo y no podía ir. ¿Mucho trabajo, un sábado por la noche? ¡Ja!, pensó Lucía, pero no dijo nada. Sin duda la valquiria la había dejado plantada; la pobre vecina se habría pasado la tarde cocinando y componiendo esa mesa tan coqueta con mantel de hilo, un búcaro azul con una orquídea púrpura y dos velitas íntimas... Pensó que ella, con su pijama floreado, y la vecina con su chándal, resultaban incongruentes en esa atmósfera delicada. La vecina, que se llamaba Leonor y era de Ávila, no paraba de hablar. Era como si su desmayo le hubiera hecho perder las reservas frente a Lucía, como si de algún modo eso las hubiera acercado; ahora la miraba con franqueza, sin ningún recelo. Su rostro vulgar de ojos negros y pequeños, enmarcados en gruesas lentes de montura metálica, boca de labios finos y tez áspera, se había animado. Era profesora de instituto, le confió, daba clases de lengua y literatura en el Menéndez Pelayo. También era poeta, pero no había querido publicar nada: tenía una tertulia poética que se celebraba todos los jueves en su casa, con eso le bastaba.

—¿Y tú, qué estudias? —le preguntó.

—Yo ya soy licenciada —dijo Lucía con orgullo—. Estudié filología hispánica, pero me he especializado en literatura eslava y ahora estoy preparando mi tesis doctoral sobre Antón Chéjov.

—¡Ah, Chéjov! Sí —dijo la vecina—, ¡Chéjov...!, un gran escritor, un clásico... No he leído nada de él, ¡me absorbe tanto la poesía!

La puso muy contenta conocer sus aficiones literarias; «¡mira por dónde somos dos letraheridas!», le dijo, y Lucía la miró con reproche. «Lo que no sé es de dónde sacas el tiempo para escribir tu tesis —soltó la veci-

na de improviso—, con la de fiestas que se celebran en tu casa.»

—Eso son Narcís y Marta, mis compañeros de piso, ¡una pareja de noctámbulos! Yo no, a mí no me gustan las fiestas, yo hago más bien vida de estudio —aseguró muy seria.

Estaba empeñada en caerle bien a la vecina; le solía suceder cuando se sentía en falta o avergonzada por algo, en días como ése; buscaba desesperadamente la aprobación de los demás, una sonrisa de apoyo, una palmadita en la espalda, un gesto que le dijera: no eres tan abyecta ni despreciable, tienes cosas buenas. Y hoy estaba muy sensible, todo le impresionaba y el menor contratiempo la ponía al borde de las lágrimas. Había tenido que contenerse para no romper a llorar cuando comprendió que a la vecina esa noche le habían dado plantón y ahora mismo se sentía enternecida, todo le daba lástima: que la vecina estuviera tan sola, que su perro pareciera una rata...

—¿Y por qué has elegido a Chéjov para tu tesis? —le preguntó Leonor, poniéndose seria.

—Bueno, porque... me gusta, es mi escritor preferido.

—¿Sólo por eso? —se extrañó la vecina, arrugando el ceño: a una intelectual como ella semejante respuesta le debía de parecer frívola.

—No, no sólo por eso... —contestó ella meditando sus palabras; ese asunto le interesaba—. También porque, al margen de mis gustos, es sin discusión uno de los mejores escritores del siglo diecinueve y... porque lo considero un héroe —Leonor la miró sorprendida y ella se sintió obligada a justificar su afirmación—, no un héroe en el sentido tradicional, puesto que no ganó ninguna guerra ni realizó proezas físicas, sino en el sentido moral: era un hombre que sabiendo que Dios no existe, no por ello dejó

de ser bueno. ¡Me fastidian esos escritores que con el cuento del arte se pasan la vida pegando sablazos a la familia!, como Balzac, o Flaubert, o Proust... Ese mito tan pernicioso de: «como yo soy tan creativo me olvido de las cosas prácticas, que se ocupen los otros...». Chéjov no era así en absoluto, él se tomaba la escritura con modestia y seriedad, como un oficio. Desde muy joven se ganó la vida escribiendo y siempre ayudó a su familia, que tenía dificultades económicas. Pese a los problemas, que los tuvo, y a la enfermedad, nunca dejó de trabajar con disciplina. Se compró una finca estupenda en Mélijovo y allí acogió a toda su familia: sus padres, una retahíla de hermanos, sus amigos... ¡Eso tenía que ser magnífico!

—¿El qué? ¿Ser trabajador y responsable, como Chéjov? ¿Te gustaría ser como él? No te pongas roja, es bonito tener aspiraciones éticas cuando una es joven. Yo a tu edad quería parecerme al Che Guevara; ahora, en la madurez, mi modelo vital es Virginia Woolf —le informó la vecina en tono de confianza.

Lucía se había ruborizado porque la vecina la había interpretado mal; ella no quería parecerse a Antón Chéjov, lo que hubiera deseado era... ser su mantenida, una más entre las decenas de refugiados de la vida que pululaban por Mélijovo, porque ella no era fuerte, ni moral y responsable como el escritor, ella era débil e inconstante y el futuro le daba mucho miedo, ¡pavor!, y nada le hubiera gustado más que tener un protector como Chéjov. La vecina le propuso ver la tele. Lucía hubiera accedido a rezar un rosario con tal de no tener que regresar a su casa. En compañía, los horrores de la vida se suavizan; sola, le aterraría la posibilidad de otro desmayo, de una hemorragia. Se dejó conducir por Leonor hasta un sofá marrón de cuero muy gastado, en el salón, sintiéndose un poco

princesa o, también, objeto frágil y valioso que hay que manipular con cuidado. Permitió que la vecina le trajera dos almohadones y luego le echara por encima una manta azul de Iberia («no vaya a ser que te enfríes») y, dejándose mimar, se arrebujó con languidez en el sofá sin querer pensar en nada más que en el momento: esa envolvente sensación de bienestar. Mañana, ya vería. Leonor se había sentado a su derecha, en un sillón de pana verde con las patas en garra, y hacía punto con ferocidad; su perro faldero, echado a sus pies, jugueteaba con un ovillo con desgana. En la televisión daban un debate del Parlamento. Leonor lo seguía atenta y excitada.

—¡Facha...! ¡Sinvergüenza...! —increpó airada a un diputado de la derecha que hablaba con mucha pompa desde su tribuna, impecablemente vestido con un terno cruzado en tonos oscuros, el pelo echado hacia atrás, engominado.

Lucía pensó que se parecía a su padre, salvo por la corbata de seda y la gomina. Le complació pensar que, según y como, su padre podría pasar por un parlamentario.

—¿Cómo te atreves a mentir así? —se escandalizaba Leonor, blandiendo una aguja ante el televisor—. ¡Eres un cínico! ¡Sabes muy bien que las clases bajas no estaban mejor en la dictadura! ¿Tú crees que hay derecho a que digan estas cosas? —le preguntó a ella, soliviantada.

—¡En absoluto! —contestó Lucía—. Son una pandilla de embusteros, unos reaccionarios.

—Eso, eso —coreó Leonor—, ¡unos reaccionarios!

Allá, en el cuadrado verdegrís de la pantalla, el reaccionario embustero seguía afanándose y gesticulando, y Lucía, ahogando un bostezo, lo miró agradecida.